

La ventana quedó abierta, y Cleopatra se echó sobre su lecho, y se durmió con un sueño ligero, donde la realidad continuaba flotando.

De este modo entró en su vida nueva.

XIII

—Es sorprendente esta condesa Neoutof. Ni la más pequeña intriga, ni la más leve sombra de coquetería. ¿Pues y su marido, que simula ocuparse de nosotros?.....

El que hablaba no tenía muchas razones para quejarse; tres meses ántes, había sido, en el mismo día, rechazado por Cleopatra y burlado por el general. Luego había vigilado á la condesa como si hubiera sido pagado por una agencia de informes; pero nada

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

U. A. N. L.

había sabido, lo cual le hacía exclamar en la forma referida.

En efecto, no se podía hablar sino muy bien de Cleopatra. Casada hacia más de cuatro años, había dispuesto su casa de un modo excepcional. No se admitía á nadie sino después de una especie de noviciado pasado en los salones más selectos de San Petersburgo, de suerte que después de la flor y nata de la sociedad, la casa Neoutof era una flor y nata aún más distinguida, la aroma de las cremas, según decía Kamoutzine, á quien las metáforas no costaban nada.

La conducta de la condesa había sido ejemplar, hasta el punto que la Emperatriz no había podido rehusar recientemente el nombrarla dama de Palacio. Era esto reconocer abiertamente que el matrimonio, considerado ántes como un foco inconveniente, era ya aceptado con gusto. Así la jóven se encontró en posesión de la situación más brillante que se pudiese soñar, tanto en la corte como en la ciudad. En cuanto al general, habiase remozado en diez años, y paseaba por los salones su persona original, sirviéndose de su bastón como de un juguete.

—Aunque llegue hasta los ochenta años, decía riéndose, no pasaré de los cincuenta.

Era dichoso. La presencia de Cleopatra había alejado de la casa una nube de intrigantes, de parásitos, de mendigos, por quienes el general era antes hostigado durante todo el día, y que por bondad no se atrevía á rechazar, bastando solo que se presentasen como compañeros de armas ó cosa parecida. Cleopatra no necesitó usar de rigor para ahuyentarlos; la presencia de aquella muger elegante y altiva, bastó para ponerlos en fuga. Supo reemplazar las visitas interesadas de aquellos solicitantes con su conversacion siempre variada. Leía con cuidado los periódicos y las revistas extranjeras, para sacar todo lo que pudiera haber de entretenido, y tenía un modo tal de contar las cosas después, que encantaba á su marido, tanto como hubiera podido hacerlo un libro bien compuesto.

En estos coloquios, que los retenían á lo ménos dos horas todos los días, y que se prolongaban con frecuencia durante el desayuno, sintieron el uno por el otro una amistad verdaderamente extraordinaria, que en el marido no era solamente un sentimiento pa-

terrenal, ni en la joven gratitud únicamente. A pesar de la enorme diferencia de sus edades, se habían apreciado, y una estimación íntima, una confianza absoluta, había nacido de aquellas buenas relaciones.

Por bella y brillante que fuese, Cleopatra no era mundana, es decir, que se quedaba con gusto en su casa la noche de una fiesta, por poco que el general estuviese fatigado, ó sintiese pereza de salir. Entre todas sus cualidades, ésta era la que había conmovido más al anciano; hubiera sentido escrúpulos al impedirle que se divertiera á su antojo; experimentó hondo placer é infinita gratitud, viendo que ella podía vivir sin echar de menos adulaciones y triunfos.

Al cabo de seis meses de vivir junto, se reconocían tan bien, que ya no tenían secretos el uno para el otro, en lo presente á lo menos, porque ni uno ni otro hicieron nunca alusión á su vida anterior al matrimonio, fuera de los casos indispensables. El general, que se acostaba muy tarde, tomó la costumbre de hacerse referir, al volver de las reuniones, todos los éxitos de la noche, que le contaba Cleopatra; ésta no omitía ni un cumplido ni una declaración, y sabe Dios que esto era lo

que más abundaba en estas noches de baile. Sobresalía la joven en reproducir el gesto y el tono de sus adoradores, á tal extremo, que no tenía necesidad de nombrarlos, y que Neoutof, riéndose hasta derramar lágrimas, los reconocía en el parecido. Ella también reía á veces, aunque ménos; dijérase que le bastaba distraer á su marido; la alegría de los demás no le parecía comunicativa ni aun cuando ella era la causa.

Así fué como trascurrieron los cuatro años que habían rejuvenecido al general. El gran duque Boris había continuado conduciéndose como amigo, pero las entrevistas fueron más raras. A pesar de ellos, ya no gustaban tanto de encontrarse juntos. Boris por otra parte, había pasado, en dos ocasiones, varios meses en el extranjero, y todo hacia suponer que habiendo tomado gusto por los viajes, seguiría ausentándose.

El príncipe y la princesa Charamirof disfrutaron en esta época, del goce de tener un heredero. Ya era tiempo, porque la bonita cara de Irene empezaba á ponerse huesosa y puntiaguda. Su maternidad trajo sobre su adelantada personita una amable redondez, y

cierto aspecto de matrona que le darian una segunda florecencia.

Aquel hijo fué en las manos expertas de la princesa un instrumento enviado por la Providencia expresamente para mortificar á Cleopatra.

—¡Esa pobre hermana! ¡Jamás tendrá hijos! decia con un suspiro de compasion, siempre que presentaba su rostro á alguna señora competente en materia de maternidad. No sabia la pobre Cleopatra qué vejez tan triste se ha preparado. . . .

—Pero ¿parece muy dichosa? se le respondia, y luego ¡es tan jóven! Tendrá tiempo para casarse de nuevo.

Irene sacudia la cabeza y levantaba los ojos al cielo.

—¡Quién sabe! mi cuñado; el general. tiene una constitucion de hierro, es capaz de sobrevivir á su mujer. No, no; ya sentirá ella un dia haber derrochado de este modo los tesoros que Dios le habia puesto en la mano. . . . ¡Qué quiere usted! se empeñó en ello con una testarud. z increíble, pues no le ha faltado quien le aconseje. ¡Y es extraño! No la creia yo tan interesada. . . . A nadie le ha causado tanta sorpresa como á mí.

Fácil es de imaginarse las variantes bordadas sobre este tema por la caritativa Irene. Mas por otra parte, perdía su tiempo; Cleopatra no se ocupaba de lo que pudieran decir de ella, y desde hacia años sabia lo que debia esperar del afecto de su hermana.

Kamoutzine era, de ordinario, quien la referia estos discursos ú otros parecidos; experimentaba un placer en diablar en hablar á la jóven de lo que hubiera debido turbarla ó irritarla. Pero ello le dejaba hablar, sabiendo que, demostrándole disgusto, seria darle una ventaja sobre ella. Una extraña confianza agresiva habia sucedido desde el matrimonio á su alianza antigua. Sabian que no se harian traicion recíprocamente; pero cuando uno de entrambos podia inquietar ó herir ligeramente al otro, no se rehusaban sino rara vez aquella alegría maligna.

Kamoutzine no podia perdonar á Cleopatra haber abandonado el partido que él juzgaba tan ventajoso. Cleopatra no le perdonaba tampoco que él no le hubiera secundado más, quizás que la hubiera servido torpemente; ni uno ni otro se daban cuenta que no habiéndose dicho nada sobre este asunto, habiéndose á lo más adivinado, no tenian nada

que reprocharse. El orgullo, que les había impedido coligarse, hubiese debido salvar ahora las apariencias; pero no había nada de esto, y sin ser enemigos, no se estimaban mucho.

Y sin embargo, Cleopatra tenía sobre el imperio que conserva siempre una mujer que fué amada é inaccesible, por poco que el hombre que la amaba posea un resto de delicadeza. No podía verla resplandeciente de diamantes y de hermosura, sin recordar el día en que él había entrado en su cuarto, en aquel pobre cuarto vacío y desnudo, para ofrecerle su mano y la ayuda de su inteligencia. El la había amado más con la cabeza que con el alma, es verdad; pero en fin, la había amado, y bajo su máscara de bufon había sentido más de una vez, cuando pasaba á su lado, brincarle el corazón en el pecho.

Ahora, en ciertos momentos, casi la odiaba, sin dejar por eso de quererla. En general, Kamoutzine estaba descontento de la vida y de los hombres: de pronto corrió el rumor de que se había dado á la bebida.

Siempre había sido un alegre camarada, y dos botellas de vino de Champagne en la

cabeza le ponían más chusco; la noticia fué, pues, creída.

—Cuando se soporta tan bien el vino, no hay miedo á emborracharse ¡qué diablos! decía Charamirof.

Sin embargo, Kamoutzine fué encontrado varias veces con los ojos turbados y el traje poco correcto.

Este último indicio era grave; el porte irrepachable de aquel hombre era quizás lo que le había salvado de una desgracia en muchas circunstancias; si se descuidaba, era que en él se había roto algún resorte.

Y era la verdad; el móvil que había sostenido tan largo tiempo su alegría prestada y provocado sus bromas acababa de faltarle de repente: el gran duque se había negado á pagar sus deudas. Había rehusado categóricamente, con sobra de razones, como se rehusa siempre que se está decidido á no ceder.

—Me había hecho la promesa, dijo á su antiguo favorito, de pagar tus deudas siete veces; las he pagado hace un año por la octava vez; si tienes memoria, te acordarás que te dije entonces.

—No vuelvas, porque no te daré nada.

—Es verdad, Alteza Imperial, murmuró humildemente Kamoutzine; pero se me había dicho lo mismo la vez anterior, y sin embargo, mandasteis pagar.

En otras ocasiones, esta réplica hubiera seducido á Boris; pero esta vez se mostró frío. No le interesaba ya su juguete, bien lo conocía; y Kamoutzine no había sido jamás para él más que una diversion.

Le había habituado á sus locuras, como se acostumbra uno á ver jugar á los gatos pequeños; su gracia infantil y sus astucias cómicas hacían sonreír hasta á los hombres más graves; pero los gatos pequeños cuando son grandes, pierden sus admiradores y amenudo, perseguidos de tejado en tejado, acaban en una muerte miserable. Kamoutzine había traspasado la edad de los chistes; quizás su señor se había vuelto más difícil de distraer. En suma, Boris fué inflexible.

Lo principal para Kamoutzine era ocultar este desastre á sus acreedores; obtuvo plazos, porque sabían que era hábil en negociar lo que él llamaba sus préstamos, al cabo se fueron inquietando viendole tan alicaído: su sastre se había negado á vestirle por más tiempo á crédito; para castigarle por haber

ido olvidado en la última distribución. Según costumbre general entre los que viven á expensas de otro, el jóven no destinaba más al pago íntegro de sus deudas el dinero que recibía de su protector: daba á cuenta lo ménos posible, y se divertía gastando lo demás.

Entonces fué cuando le vieron cabizbajo: la bolsa de los amigos estaba en muy poca ó en ninguna disposicion. Excepto Charamirof, que era sobradamente bonachon para guardarle ningún rencor, y además que él exceptuado con frecuencia de su terrible lengua, Kamoutzine no tenía amigos. El había ofendido ó se había burlado de todo el mundo; se le temía, pero se alegraban todos de saber que tenía apuros.

Situacion tan tirante no podia prolongarse mucho; el gran duque partió para Niza á fines de Diciembre, dejando á su ayudante de campo en San Petersburgo. Era una desgracia completa, y Kamoutzine sabia bien qué dia la había merecido por haberse presentado á su servicio oliendo fuertemente á aguardiente. Cayó en una postracion profunda; este hombre que no había vivido sino para las cosas exteriores, á tal punto que

podía casi contar las ocasiones de su vida en que se había juzgado á sí mismo; aquel bur-lon, aquel loco cortesano, descendió al fondo de su alma huyó desesperado ante lo que acababa de descubrir.

Sin embargo, era forzoso afrontar la situación. Semejante á un náufrago que mide con la mirada la distancia que tiene que recorrer desde el bajel que zozobra hasta la costa cercana, miró en su interior y en torno suyo. En ninguna parte encontró nada. Las reclamaciones de sus acreedores eran ya insolentes. El rumor de su desfavor se había extendido, habiendole aumentado la partida del gran duque; la situación no era ya sostenible en una ciudad donde las menores cosas son inmediatamente conocidas dentro del círculo de la gente á quienes interesa.

¿Qué hacer entónces?

Kamoutzine vaciló uno ó dos días. Podía dejar la guardia, donde el servicio es costoso, y tomar un grado en el ejército, donde viviría con su sueldo en algun cuartel de provincias. La venta de un pequeño patrimonio hipotecado que aún poseía le permitiría pagar casi la mitad de sus deudas, con lo demás cargaría el diablo.

¡Pero esto era tan duro, tan inaceptable para un hombre que había pasado su vida en la corte! Este cambio de existencia le parecía peor que la muerte. Oía de antemano el olor enfadoso de los cuarteles, donde debería estar entre sus soldados; sentía el gusto de la cocina alemana, que le daría, por cincuenta *kopecks* la ración, un plato grasiento, tuvo la impresión de una vejez que llegaba á pasos apresurados sobre su cuerpo fatigado, perezoso; comprendió que tal como era sería odiado en todas partes á causa de su ingenio fértil en malicias á veces crueles.

—No, dijo entre sí; me haré matar en duelo por algun imbécil quisquilloso.... sería estúpido.

Una noche se presentó en casa de Neou-tof, espoleado por un vago deseo de ver á Cleopatra. Tenía en la cabeza algunos vasos de aguardiente, lo que le hacia más osado que de costumbre. El conde y la condesa habían salido.

—Es lástima dijo á media voz Kamoutzine; ella podría haberme dado un buen consejo.

Los criados le miraban, admirados de ver

le permanecer en la puerta despues que le habian rehusado la entrada.

— En fin, dijo en alta voz, decidles que he venido... sí, tenía algo que decirles.

— ¿Mañana por la mañana? insinuó el criado que tenía ganas de verle partir.

— Mañana por la mañana será ya tarde, respondió el edecan mirándole á los ojos con cólera.

Bajó las cinco gradas del vestíbulo y se dirigió hácia su casa. Eran dos sencillas habitaciones amuebladas, situadas en una calle no muy elegante. En otra época vivió en la Mouskaia; pero despues de los reveses se habia visto obligado á tomar un alojamiento menos costoso y hasta debia un mes de alquiler á su patrona, que le perseguia todos los dias.

Entró y subió dos pisos; la puerta no estaba cerrada; penetró en su habitación sin que nadie le viera. El cuarto estaba cerrado y olía á aire confinado, pero se sentía en él un dulce calor. Encendió la lámpara de petróleo colocada en la mesa y se echó en un sillón, sin temarse el trabajo de quitarse el cinturón que se habia desabrochado. El sa-

ble cayó pesadamente á su lado sin que él lo notara.

— ¡Es lástima! repetía maquinalmente, ella me hubiera dado algo... quizás un buen consejo. Jamás me ha dado nada.

Halagado por el calor, se artellenó y se durmió, con la cabeza sobre los brazos.

Así durmió largas horas; las campanas, que tocaban el alba en la iglesia de Kasan, inmediatamente, le despertaron sobresaltado. La lámpara se apagaba, despidiendo un olor acre y humeante. Levantó la cabeza y miró sorprendido á su alrededor; en un mes no habia podido acostumbrarse á aquellas habitaciones mezquinas, mal amuebladas, donde flotaba el olor de antiguas comidas y de antiguas pipas de fumar.

— ¡Ah! exclamó volviendo en sí, ¡qué horrible pocilga!

Fué á la ventana y abrió el postiguito para que entrara un poco de aire. La noche era oscura y fria; se adivinaba la nieve en los pesados y bajos nubarrones, que la reverberación del gas tenía de un rojo resplandor empañado y triste. Kamoutzine permaneció un instante con el rostro asomado á la ventana; nada anunciaba aún el dia, eran las

cuatro y media y las campanas dejaron de sonar; los otros toques callaron también poco á poco; y el silencio reinó sobre la ciudad aún dormida, donde una espesa capa de nieve ya amontonada y cubriendo el pavimento, interceptaba los ruidos.

Cerró el postiguillo y volvió á la mesa.

Su espíritu estaba perfectamente lúcido ahora y le mostraba la vida con nitidez desesperante de las cosas tristes que se piensan de noche. Se acordó también de su respuesta al criado de Neoutof: "Mañana por la mañana será ya tarde."

—Y es verdad, dijo entre sí, por que se ha cumplido el plazo.

Puso en la mesa su reloj, su porta-monedas casi vacío y una petaca de concha cincelada, primer regalo del gran duque, del que no se separaba nunca; luego fué á la cómoda y tomó ropa blanca, con que se vistió de piés á cabeza, despues de haberse labado largamente.

—¿No se diría que voy á casarme? dijo irónicamente.

Quando estuvo completamente vestido se sentó cerca de la mesa, en el sillón donde ha-

ya pasado la noche, y consultó su reloj, que marcaba las cinco y media.

—¡Bah! dijo, aún puedo esperar media hora. No sería cortés despertar tan temprano á mis honrados vecinos.

Tomó una pluma y se ocupó en escribir con gran cuidado la frase siguiente:

"Vayan á buscar al príncipe Charamirof." Seguía la dirección.

Puso los puntos sobre las íes, añadió adornos á las mayúsculas y contempló su obra con satisfacción, luego la puso en evidencia bajo la luz muriente de la lámpara casi vacía.

Una hora sonó en una torre.

—¡Las seis! dijo Kamoutzine, es el momento; buenas noches.

Tenia su revólver al alcance de su mano; se apoyó sobre la sien derecha, salió el tiro, y Kamoutzine cayó de espaldas en su sillón, mientras que su mano soltaba el arma.

Gritos confusos sonaron en la casa; luego ruido de pasos; se abrió la puerta y entró espantada la patrona.

—Tengo una bala en la cabeza, le dijo Kamoutzine, mirándola con un solo ojo, porque el otro estaba cerrado, he errado el tiro. Jamás he conseguido nada en mi vida.

Indicó el papel, la buena mujer lo cogió; fué llamado un médico mientras que corrían á casa de Charamirof.

El príncipe llegó sin pérdida de tiempo, asustado, casi colérico contra su amigo, que se suicidaba sin advertirle.

—Este excelente hombre, dijo Kamoutzine señalándole al médico, quiere persuadirme que vivirá hasta la noche. Yo espero que no; sufro atrocemente. Si me quieres, ve á buscar á tu cuñada.

—¿Cleopatra? dijo el príncipe alterado.

—Sí, la bella Cleopatra. Ve pronto. Espero que su marido no tendrá celos.

Hablaba con facilidad, por más que su rostro estuviese horriblemente convulsionado.

Charamirof partió inmediatamente. No habia pasado una hora y ya traía á la condesa.

Envuelta en sus abrigos, muy pálida, se acercó al lecho donde á pesar de sus protestas se habia colocado al herido. La luz gris de la mañana entraba por las ventanas opacas. La habitacion tenia un aspecto lamentable, aunque todo estaba ordenado.

—Condesa, dijo Kamoutzine, no te vayas, Charamirof, no es un secreto; condesa, creo

que la he amado más que nadie en el mundo, sí, más que él... y guiñaba con su ojo unico para indicar al gran duque. En este momento tengo gusto en que lo sepa usted. En mi vida no hay más que dos hermosos recuerdos: usted y la foca.... ¿Se acuerda usted de la foca?

La dama hizo un movimiento de cabeza, no pudiendo hablar,

—¡Pobre animal! ¡Tenia sed! Si usted hubiera visto como se revolcaba bajo el agua fresca! Me alegro ahora de haberle dado de beber.....

—Esa agua fresca te será tenida en cuenta allá arriba, dijo Charamirof enjugándose los ojos.

—¡Diantre! Te lo habia dicho, replicó Kamoutzine. ¿No le enoja, señora, que la ponga entre mis recuerdos, en compañía de la foca?

Cleopatra sacudió la cabeza sonriéndose tristemente.

—Fueron los dos afectos desinteresados de mi vida.... Váyase ahora, condesa, no permanezca aquí; veo que me voy poniendo en verdad, sobrado feo.

Cleopatra se inclinó hácia él para decirle adios. El tomó su mano y la besó como se be-

san los piés de Cristo. La dama salió sin volver atrás la cabeza.

— Vaya, doctor, dijo Kamoutzine con impaciencia; no irá usted á dejarme sufrir de este modo hasta la noche. Deme algo para concluir de una vez. Usted que es médico sabrá quitar de en medio á sus enfermos.

Pero el doctor no podía hacer nada; la muerte tuvo al fin piedad, y vino por él á las dos de la tarde.

Charamirot pagó los gastos de su entierro, y todas las cuentas de la gente que le había cuidado.

— ¡Al fin! suspiró Irene mientras su marido presidía el duelo; ese ya ha muerto; no deja de ser un consuelo. Desde la escena de la foca, le había cobrado horror.

XIV

Después de un invierno triste y sombrío, durante el cual el sol no había quizás brillado más de diez veces, el Sábado Santo se presentó en medio de los esplendores de la primavera. Toda la semana había sido tibia y suave; la nieve se había derretido rápidamente bajo una caliente lluvia que hacía botar las hojas; en veinticuatro horas las briznas de yerba amarilla habían reverdecido entre las piedras, el sol se ocultó el sá-

BIBLIOTECA U. A. N. L.

bado en medio de una apoteosis de nubes doradas, bajo las cuales, los hielos aún sólidos de Neva, parecían un anacronismo.

Cuando hace buen tiempo el Sábado santo, toda la ciudad de San Petersburgo se encuentra regocijada. Se ven en esta época, correr por las calles, vestidos de muselina blanca en la punta de un palo largo, llevados por inteligentes planchadoras, vestidas de claro. Es también costumbre que mozos y mujeres se vistan de blanco para asistir á los oficios de media noche; pero en los tiempos remotos á que nos referimos, estaba en su apogeo la muselina, y el transeunte más distraído hubiese sabido qué fiesta se preparaba, viendo aquellas enormes mariposas que agitaban las alas al nivel de sus ojos, envolviéndole á veces, si no era asaz ágil, en una nube que olía á almidón.

Cleopatra salió de su casa en su *coupe*, provisto de un calorífero forrado, para ir á los oficios de media noche, en la capilla del Palacio de Invierno, á donde la llamaba su dignidad nueva. Para esta circunstancia solemne, la dama se había vestido con un traje de un esplendor severo, que realizaba el brillo de su belleza. El general, retenido en

el lecho por un acceso de gota, la había largamente contemplado ántes de dejarla partir.

Ahora atravesaba la dama, al paso rápido de sus dos caballos, la ciudad iluminada que alegraba ya el repique repetido de las campanas. Los carruajes cruzaban en todos sentidos, como en pleno medio día. Los campesinos, vestidos con sus zamarras de piel de carnero, se apiñaban á la entrada de las iglesias, cuyos alrededores estaban circundados de mesas cargadas del queso pascual y de *Kulitechó*, pasteles de aves secas, traídos allí para ser bendecidos, con grandes cestos de huevos rojos.

Todo estaba tan alegre, tan animado, que Cleopatra levantó el cristal de su carruaje para gozar de aquella noche verdaderamente exquisita. Algo de juvenil y de atrevido como un canto de gallo flotaba en el aire, los ruidos se confundían en lontananza, y á veces parecía oírse sonidos de música acompañados de gritos de alegría, como en la entrada triunfal de un Czar victorioso. Una aurora eterna parecía voltear alrededor del horizonte, arrojando su esplendor misterioso sobre toda aquella magia.

— ¡Qué noche tan extraña! pensó la joven, se diría que amanecía.

De pronto se acordó de su noche de boda, los violines amortiguados tocando en el jardín, con el olor penetrante de las flores de Agosto, la luna menguante detrás de los tilos.

— Entonces entraba en la noche, dijo entre sí, ahora me parece que entro en el día.

El carruaje se detuvo delante del pórtico que conocía ella tan bien, y subió ligeramente las gradas que había subido tantas veces, cuando era señorita de honor. Nada había cambiado y se creyó transportada un instante á tiempos atrás. Sin embargo, el lugar que ocupó en la capilla no era el mismo que otras veces; una mirada rápida le demostró que muchos cambios se habían verificado después que hizo dimisión de su antiguo cargo.

Con efecto, no había vuelto á asistir á aquella fiesta pascual desde su matrimonio; aunque asistía con exactitud á las recepciones de corte, no había pedido ningún favor, contentándose con aceptar y cumplir con los deberes que incumbía á su rango. Sus recientes funciones de dama de Palacio no la habían

traído á aquella capilla donde todo la hablaba de un pasado ya lejano....

Involuntariamente volvió la cabeza hacia el sitio que ocupaba otras veces el gran duque Boris. Ahora estaba en Niza, y á aquel a misma hora, asistiendo á igual ceremonia. Cleopatra sintió como que se le desmenuaba el corazón.

¡Ah! si él había creído que podía renegar del atractivo que la había empujado hacia él, ¡cuán mal la había conocido y juzgado! Si él había pensado que ella podría burlarse de él un día porque la respetó, cuando podía cogérsela y arrojarla como una flor, cuyo perfume se ha agotado, él la había ultrajado. Pero ella le perdonaba en esta gran fiesta de paz y de alegría, en esta reconciliación formal. Cleopatra envió al ausente un pensamiento infinitamente dulce, de ternura y gratitud. El había colocado á Dios entre los dos; y ella lo ponía en manos de todas las potencias de su Creador, rogándole que conservara á aquel ser querido, digno de ser dichoso, digno de ser amado.

La corte entró: el Emperador, conduciendo á la Emperatriz, seguidos de la gran familia

imperial, cada uno en su puesto, los pajes llevando las colas, con un lujo de diamantes, de terciopelo, de encajes no vistos en ninguna parte. Apenas los soberanos se colocaron en sus sitios cuando la puerta de madera dorada, que encerraba á la imagen, se abrió, y salieron los sacerdotes en medio de los cantos, para buscar á Cristo que acababa de resucitar, y cuyos despojos no encontraban. Cruces y banderas al frente, bajo el brillo deslumbrador de las arañas que arrojaban olas de claridad; el clero, acompañado de los chanters, partió por la izquierda, en busca del cuerpo divino. Los cánticos decrecían en las lejanías de las bastas salas; las voces agudas de los niños se distinguían solo. . . . luego nada. Un silencio religioso reinaba en la capilla, donde no se oía ni la respiración de las trescientas personas que se hallaban allí reunidas, los hombres á un lado, las mujeres en otro; silencio tal, que se oían los pétalos de una camelia deshojarse sobre el vestido de una dama, y caer en el suelo lustroso.

Sonidos aéros resonaron á lo léjos, luego las voces de los tenores que se acercaban, despues la de los bajos; y el clero, marchando tan de prisa que parecía correr, entró por

la derecha, despues de haber dado vuelta al palacio. Los cantos se detuvieron de repente.

—¡Cristo ha resucitado! dijo el sacerdote en voz fuerte, que parecía penetrar hasta el pecho de los oyentes.

—Ha resucitado en verdad, respondieron los cantores y la multitud, en el tono natural en que se habla.

El sacerdote repitió por tres veces las palabras consagradas y recibió la misma respuesta; un canto de alegría vivo y apresurado estalló bajo las bóvedas como unos fuegos artificiales, y todos se dieron el ósculo de paz, mientras la misa comenzaba detrás de las cortinas de seda cerradas del santuario.

Cleopatra habia asistido muchas veces á esta ceremonia, donde nada habia de nuevo para ella, y jamás habia sido tan vivamente impresionada. Despues de haber cambiado algunas palabras con sus vecinas, durante el intervalo de las felicitaciones y de los besos, miró á su alrededor para examinar las caras nuevas.

El azar la habia puesto á la orilla de un

paraje reservado en medio de la capilla, de suerte que se encontraba en su fila, la más próxima á los hombres; mientras que sus miradas recorrían los grupos recibió algunos saludos afectuosos y los devolvió con la amable cortesía que tan bien mantenía las personas á distancia. De pronto, sus ojos se fijaron sobre alguien que acababa de llegar y que no conoció desde luego.

El se apoyaba ligeramente contra una columna de mármol; sus ojos sorprendidos parecían contemplar por primera vez objetos extraordinarios, porque miraban al azar, sin ver donde posarse. Era un hombre de veinticinco ó veintiseis años, pero que parecía más jóven, por causa de sus cabellos rubios y de su fresca encorvacion. Sus bigotes rubios tambien, de una rubicundez extraordinaria; argentina; la forma de sus facciones era de una pureza irreprochable, tan perfecta y bella que no se notaba á primera vista, de tal modo su ser estaba modelado de una manera exquisita y por decirlo así con gusto.

—¡Qué guapo mozol pensó involuntariamente Cleopatra, que gustaba de la belleza donde la encontraba, así en la vida como en los museos.

El jóven recorrió lentamente con la mirada las damas reunidas en un grupo donde la riqueza no podia eclipsar la belleza; de pronto Cleopatra encontró sus ojos; eran negrísimo y brillaban como carbunclos, bajo unas cejas castañas, delicadamente arqueadas. Cuando vió á la jóven, sus ojos magníficos se detuvieron con una expresion de sorpresa y de admiracion tales, que todas las conveniencias fueron olvidadas.

—Jamás he visto á una mujer que se le parezca, dijeron sus ojos negros, añadiendo un respeto tan profundo que la admiracion no fué sino un homenaje involuntario.

—¡Qué ojos tan maravillosos! pensó la jóven, y ¡qué mirada tan intensa!.....

Cesaron de mirarse, traídos por la reflexion al sentimiento de las conveniencias; pero cada uno de los dos habia penetrado al otro más y mejor que lo que suele hacerse durante largos años de vida mundana. Muchas veces sus ojos se volvieron á encontrar, por más que los desviaban, se volvian el uno al otro, invenciblemente atraídos.

Los oficios de Pascua son muy largos; se comienzan á media noche, y se acaban ántes

as dos de la mañana; pero no parecían aburridos á la condesa de Neoutof. Sentía que algo acababa de notar en su vida. ¿Qué sería? No sabía nada, ni quería pensar en ello.

Quando todo hubo terminado, mientras que envuelta en sus abrigos, esperaba bajo el peristilo que viniera su carruaje, vió adelantarse hácia ella, seguido por el jóven en que se habia fijado tanto, al ministro plenipotenciario de Suecia, á quien ella estimaba mucho.

—El lugar no es muy propio, condesa, dijo el diplomático inclinándose, ni la hora tampoco, pero parto pasado mañana con licencia, y hubiera creído como un crimen, no recomendar á su benevolencia á mi jóven primo, Ulrico de Alsen. . . .

Ulrico se inclinó gravemente.

—Solo hace dos dias que ha llegado, y va á encontrarse muy solo durante mi ausencia. Usted ha sido siempre extremadamente buena para mí. . . . Si me atreviera, la rogaria que considerara á mi primo como si fuera mi hijo. . . .

—Eso basta, mi querido baron, para que

sea muy bien venido á mi casa, respondo. Cleopatra.

—El carruaje se habia presentado, saludó la dama con un movimiento de cabeza, se deslizó por entre las dos puertas de cristal y desapareció.

—¿Quién es esa persona tan notable, á quien acaba usted de presentarme? preguntó Ulrico de Alsen al embajador, tan pronto como Cleopatra hubo desaparecido.

—Es la condesa Neoutof, la mujer más hermosa y más virtuosa de la corte, mi jóven amigo, respondió el primo.

Ulrico no dijo nada; entró en la embajada sin haber abierto la boca, y durante toda la noche estuvo viendo entre sus ojos los azules de Cleopatra, fijos en él con un interés que no trataba ella de disimular.

¡La adoro! decían los ojos negros. (La boca permanecía muda, pero los labios tenían un modo de sonreír que decia mucho más que las palabras.) ¡La adoro! Es usted la única mujer que haya existido en el mundo. Las demás no han existido, ni existen, ni existirán nunca.

Los ojos negros hablaban así hacia quince días, desde la primera hora de la visita que Alsen hizo á la condesa Neoutof. Las conveniencias autorizaban quince minutos de estancia en el salon, donde no conocia á nadie; se quedó una hora entera, respondiendo á algunas palabras de Cleopatra con monosílabos, y mirándola todo lo que podia. Luego, una intuicion secreta le advirtió que no podia permanecer tanto tiempo; al cabo de veinte minutos solia irse, pero volvia casi todos los dias.

El primer dia, Cleopatra se divirtió. Aquella adoracion ingénuo y silenciosa, tenia algo de conmovedor y un tantico cómico, para una mujer acostumbrada á las sutilezas destiladas de un mundo muy civilizado, muy corrompido, en el que la forma salva hábilmente el fondo. Pero, bien pronto despues, ántes de que la semana hubiese trascurrido, la jóven sintió que algo singular ocurría en ella: la visita casi cotidiana del jóven sueco, se le habia hecho necesaria; la esperaba con cierta impaciencia, y si no venía, el dia le parecia vacío.

No quiso, sin embargo, concebirlo consigo

misma, y alzó los hombros diciendo entre sí:

—¿Es que voy á volverme tan neciamente vanidosa como las demás? ¿Es que iré á contar mis visitantes, para saber si se me olvida? Esto estaria bien en Irene.

BIBLIOTECA DE "LA PATRIA"
U. A. N. D.